

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

LOS PENSAMIENTOS

¿A dónde nos llevan?

MALES QUE TRAEN BIENES

El lado positivo de los problemas

APUNTES SOBRE EL TIEMPO DEL FIN

Sellos y señales



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado Postal I-719
Mitrás Centro
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 23 06 05
(52-81) 81 34 27 28 (fax)

Argentina:

Casilla 10
Correo de Mendoza
M- 5500
conectateconosur@conectateac.com

Colombia:

Conéctate Colombia
Apartado Aéreo 85178
Bogotá
conectate@coldecon.net.co
(1) 758 62 00

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.702
Correo 21
Santiago
(09) 94 69 70 45

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedeurope@activated.org
(44-0) 845 838 1384

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

A NUESTROS AMIGOS



Una lectora norteamericana nos envió amablemente la siguiente anécdota sobre una mujer de 92 años llamada Maurine Jones. Está prácticamente ciega, y por lo visto descubrió hace tiempo uno de los secretos de la felicidad. Su caso tiene particular relevancia por el tema que trataremos en este número de Conéctate.

Después de la muerte del que fue su esposo durante largos años, Maurine se mudó a un asilo de ancianos. La señora que la acompañó cuenta lo ocurrido ese día:

Tras pasar varias horas esperando pacientemente en el recibidor del hogar, sonrió con ternura cuando se le dijo que su cuarto estaba listo. Mientras se desplazaba con su andador hacia el ascensor, le hice una descripción detallada de su diminuto cuarto. Hasta le expliqué cómo eran los visillos.

—Me encanta —exclamó con el entusiasmo de una niña de 8 años a la que le acaban de regalar un perrito.

—Señora Jones, todavía no ha visto el cuarto; espere.

—Eso es lo de menos —respondió—. La felicidad se decide de antemano. Que me guste el cuarto no depende de la decoración, sino de mentalizarme. Ya decidí que me va a encantar. Es una decisión que tomo cada mañana cuando me despierto. Puedo elegir entre pasarme el día en la cama pensando en las dificultades que me causan las partes del cuerpo que ya no me funcionan, o levantarme y alegrarme de que tengo algunas que sí me funcionan. Cada día es un regalo, y mientras se me abran los ojos, me concentraré en el nuevo día y en los recuerdos felices que guardo dentro de mí.

La actitud lo es todo. Como nos demuestra Maurine, nuestro estado de ánimo no tiene por qué estar supeditado a las circunstancias. Todos nos vemos cada día frente a una alternativa. ¡Ojalá tomes decisiones que te reporten mucha felicidad y satisfacción, y mediante tu enfoque de la vida animes a los demás a hacer lo mismo! No creas que es tan difícil: nada lo es con la ayuda de Dios.

GABRIEL, EN NOMBRE DE CONÉCTATE

AÑO 8, NÚMERO 11 Noviembre de 2007

DIRECTOR Gabriel Sarmiento

DISEÑO Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES Doug Calder

PRODUCCIÓN Francisco López

© Aurora Production AG, 2007. <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwán por Chanyi Printing Co., Ltd.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia,

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.



MIRA PILLAR

Hacia muchos años que sufría esas alergias. En la primavera empezaba a estornudar, los ojos se me llenaban de una película amarilla que me nublaba la vista, y siempre me goteaba la nariz. Si un niño del vecindario me regalaba un ramo de flores, le sonreía mientras contenía la respiración y se lo entregaba enseguida a mi esposo para que lo desechara discretamente. Pero esa primavera decidí combatir mi alergia con... ¡terapia de alabanza!

Cada vez que empezaba a estornudar inconteniblemente o los ojos se me llenaban de lágrimas, me ponía a alabar al Señor. Así fue hasta que un día, en medio de uno de esos episodios, mientras oraba y alababa al Señor Él me dijo que me iba a curar. A partir de ese momento, me apoyé en esa promesa y le di gracias cada vez que aparecían los primeros síntomas de la alergia. Y sin más ni más, me curé. El proceso fue lento, pero luego de unas semanas la alergia desapareció.

Confieso que me habría gustado una respuesta más inmediata a mis alabanzas, pero el Señor deseaba que adquiriera el hábito de enaltecerlo aun en los momentos difíciles. Además, quería enseñarme paciencia.

Así pues, esa primavera fue muy distinta y hasta agradable para mí. Disfruté de largos paseos en bicicleta con mi esposo, pedaleando por los campos. Hasta pude oler las flores. En verdad, ¡la alabanza obra maravillas!

MIRA PILLAR ES MISIONERA DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN SERBIA. ♦

EL INVIERNO DEL 2004 fue excepcionalmente largo en los Balcanes. ¡Qué ganas teníamos de que llegara la primavera! Por fin aparecieron bellas flores, los árboles brotaron y se llenaron de vida nueva, y los pajarillos entonaron alabanzas porque una vez más el invierno había terminado. Creo que todos desean que llegue esa época del año en que la creación de Dios se puede disfrutar en todo su esplendor. Todos menos los que son muy alérgicos. Para muchos de esos desafortunados, la primavera es una estación temida. La preocupación y la ansiedad opacan las esperanzas. El polen —una de las maravillas del ingenio divino y transmisor de vida— se convierte en su peor enemigo. Las largas caminatas por el bosque, los recorridos en bicicleta, los paseos por la pradera para recoger flores silvestres y hacer ramos en casa quedan totalmente descartados.

REBELDE

LOS PENSAMIENTOS

VIRGINIA BRANDT BERG

UNA MUJER ME ESCRIBIÓ para pedirme consejo porque no podía superar su rencor. «Como recordará —decía—, tiempo atrás le hablé de alguien con quien me relaciono a diario, que es malicioso y siempre me dice cosas desagradables. En mi carta le conté que había logrado refrenar las ganas de replicarle. Aunque he logrado controlar mi lengua, no he cambiado de forma de pensar. Consigo dominarme, pero por dentro estoy furiosa».

Esa carta me recordó una anécdota sobre un niño llamado Jaime a quien castigaron por hacer algo que su madre le había advertido en repetidas ocasiones que no hiciera. Finalmente la madre le dijo: «Siéntate en el rincón hasta

que te diga que puedes levantarte». Jaime se sentó, pero por dentro hervía y seguía rebelde. Al cabo de un rato la madre le preguntó: «Jaime, ¿vas a obedecer ahora?» El niño le respondió: «Estoy sentado, pero por dentro ¡sigo de pie!»

La lucha mental interna suele ser la más difícil de superar. Por eso Dios nos exhorta claramente a controlar nuestros pensamientos: «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8).

Alguien me dijo una vez que, en su opinión, de todas las facultades que Dios nos concedió, la más importante era la capacidad de pensar. Los pensamientos son parte vital de nuestra esencia y nos acompañan dondequiera que vayamos. Es tan imposible apartarnos de ellos como separarnos de nuestra sombra. Los pensamientos positivos enraizados en valores se convierten en nuestros mejores compañeros de viaje. En cambio, los adversos y hostiles nos persiguen y nos despojan

de nuestra felicidad y paz interior.

Este concepto tiene que ver con el tradicional principio de que nuestros deseos —que nos mueven a actuar de una u otra manera— son consecuencia directa de lo que pensamos. Dilapidamos nuestras energías lidiando con esas consecuencias porque no prestamos atención a su origen, que es la mente. No aplicamos lo de «en esto pensad».

Toda aspiración noble y piadosa proviene de pensamientos igualmente nobles y piadosos. Cuando nos detenemos a reflexionar sobre el milagro de la vida, sobre el mundo que Dios creó para nosotros y lo sublime que es Su amor, tomamos conciencia de que estamos rodeados de

mucha belleza. Es una pena que nuestros pensamientos deambulen a veces entre zarzas y entre la maleza, que se centren en cosas impías y desagradables.

Nos ajeteamos tanto que no tenemos tiempo para pensar bien, para meditar. Me recuerda otra anécdota sobre una madre que fue a visitar a su hijo en la gran ciudad. Estaba tan ocupado corriendo de aquí para allá que lo único que atinaba a decir era: «Hola, mamá», y: «Chao, mamá». Un día ella le dijo: «Hijo, ¿en qué momento te detienes a pensar?»

Muchos somos así. Estamos muy ocupados para detenernos a pensar, para dirigir nuestros pensamientos hacia Dios y Su Palabra, que nos da la vida, para «poner la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Colosenses 3:2).

Las batallas de la vida se libran primero en el terreno de los pensamientos. Allí se determinan las cuestiones esenciales de la existencia. Un homicidio se comete dentro de los confines de la mente antes de disparar el arma. El ladrón extiende la mano para robar un reloj, pero primero lo ha robado en el fuero de su mente.

Decimos a nuestros hijos que no deben hacer esto y aquello porque está mal, pero ¿les enseñamos a pensar? ¿Les enseñamos a centrar sus pensamientos en lo que es «verdadero, honesto, puro y amable, en lo que tiene virtud y es digno de alabanza»?

Hoy en día el arte de pensar parece haberse perdido. La gente no se toma tiempo para reflexionar. Si lo hiciera, Dios le indicaría soluciones. Cuando nos detenemos, acudimos a Él y le damos una oportunidad, Él nos señala cómo acometer lo que nos proponemos o cómo resolver las situaciones problemáticas a las que nos enfrentamos.

Volviendo a la carta de aquella mujer, parece casi inexcusable dejar que arraiguen en nuestra mente pensamientos de animosidad, críticas y resentimiento. Pero ¿cómo superarlos?

La única forma de deshacerse de pensamientos impuros es desalojarlos, ocupándonos en pensamientos «puros y amables». La fórmula para librarse de pensamientos maliciosos es sustituirlos por pensamientos positivos y bondadosos. La única manera de recoger una buena cosecha en el fértil huerto de la mente es sembrar buena semilla y atender cuidadosamente los cultivos. Cuando niña, mi padre me aleccionaba: «Si siembras un pensamiento, cosechas una acción. Si siembras una acción, cosechas un hábito. Si siembras un hábito, cosechas una manera de ser. Si siembras una manera de ser, cosechas un destino». La Palabra de Dios dice que somos tal como pensamos en nuestro corazón (Proverbios 23:7).

Podríamos presumir que nuestros pensamientos son intrascendentes y que nadie más que nosotros tiene conocimiento de

ellos. Sin embargo, los psicólogos nos enseñan que cada pensamiento influye en la totalidad de nuestra consciencia. Un pensamiento reiterado se puede convertir en un patrón de pensamiento. Quienes se habitúan a pensar en cosas amables, tiernas y amorosas se convierten en personas igualmente amables, tiernas y amorosas. En cambio, quienes albergan habitualmente pensamientos negativos adquieren un temperamento desagradable y terminan esclavizados por el resentimiento, la amargura y la ira. Su vida, en lugar de ennoblecerse, se envilece. Terminan por descubrir que su alma ha ido deformándose y ha quedado permanentemente contrahecha, mientras que los que «ponen la mira en las cosas de arriba» se desarrollan bien y alcanzan gran estatura.

Pide a Dios que te ayude a «poner la mira en las cosas de arriba». Así, en la medida en que continúes acudiendo a Él, te transformará por medio de la renovación de tu entendimiento (Romanos 12:2). ¡Esa es la clave para superar los malos pensamientos! ♦

UN DÍA ESTUPENDO PARA *Beverly*

JOYCE SUTTIN

SI EL PROPÓSITO DE ESTA VIDA es aprender a amar a Dios y al prójimo, sin duda que Beverly se graduó con honores. Hace varios años, cuando falleció, perdí a una gran amiga; no obstante, su modo de vida fue ejemplar para mí. Me enseñó a ser optimista y a priorizar lo que es verdaderamente importante.

No era infrecuente que me llamara más o menos a la hora de cenar para contarme todas las cosas primorosas que Dios había hecho por ella ese día. Sin embargo, hubo una llamada en particular que me causó una profunda impresión.

—Hola... Ah, Beverly, ¿cómo estás?

—¡Súper bien! ¡Tuve un día estupendo!

—Cuéntame.

—Pues iba camino de una entrevista para un empleo cuando tuve un accidente.

—Y ¿qué tiene eso de estupendo! ¿Estás bien?

—Me han puesto un collarín y me han dado calmantes, pero estoy bien. Solo sufrí una lesión cervical, gracias al Señor. Pudo haber sido mucho peor.

—Beverly, lo siento mucho. A la hora de la cena, cuando esté con Dan y los chicos, rezaremos por ti. ¿Hay algo más que podamos hacer?

—Gracias por rezar. ¡Me vendrá de perlas! Estoy segura de que el Señor lo

permitió por algún motivo, aunque mi auto quedó destruido, inservible.

—¡No me digas! ¡Uy, espero que el seguro te lo cubra!

—En realidad fue culpa mía, y mi póliza tiene un deducible de 500 dólares. Me imagino, pues, que voy a estar tomando el bus por algún tiempo, sobre todo para ir a entrevistas de trabajo. No llegué a la de hoy, así que voy a tener que seguir buscando.

—Oye, pues a mí no me parece en absoluto que hayas tenido un día estupendo.

—Es que le hablé de Jesús al chofer de la grúa, y me escuchó muy atentamente. Lo mismo sucedió con la enfermera del hospital. Está interesada en estudiar la Biblia. Lo mejor de todo fue cuando fui a ver al mecánico. Me dijo que mi auto estaba irreparable, pero entonces nos pusimos a hablar de Dios y Su bondad. Aunque tiene muchos problemas, se puso muy contento al darse cuenta de que Jesús

se interesa por él y quiere ayudarlo. Cuando oró conmigo para aceptar al Señor en su corazón, se echó a llorar. Así que, a pesar del accidente y de todo lo que implica, hoy conocí a tres personas muy valiosas que probablemente no hubiera conocido de otra manera, y una de ellas aceptó a Jesús. ¡Por eso reafirmo que fue un día estupendo!

¿Qué podía decirle? Sin siquiera proponérselo, Beverly me había ayudado a ver mis problemas en su justa dimensión y me había recordado que el camino más seguro para alcanzar la felicidad es trabajar por la felicidad ajena.

P.D.: La lesión de Beverly sanó bien. Volvió a ver al operario de la grúa y a la enfermera, y ambos oraron con ella para aceptar a Jesús como su Salvador. Unos días después del accidente conoció a un hombre que quedó tan impresionado con su fe y su optimismo que le regaló un auto usado, mejor que el que había echado a perder.

JOYCE SUTTIN ES MIEMBRO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN LOS ESTADOS UNIDOS. ♦

EN EL BLOG DE MI AMIGA

BRIAN WHYTE

ME SIRVIÓ DE ESTÍ-
MULO leer en el
blog de una amiga unas
anécdotas sobre alabar a
Dios por Su bondad a pesar
de las dificultades y contra-
tiempos que tenemos diario.
Me motivaron a hacer una
pausa y reflexionar, ¡lo cual
siempre es bueno!

En general, soy un tipo
agradecido. Pongo relatos
incentivadores en mi blog,
y a mis amigos y familiares
les participo por correo
electrónico mis buenas
venturas. Sin embargo,
después de tantos años aún
no me había habituado a
alabar a Dios por mis des-
venturas, «dando siempre
gracias por todo al Dios
y Padre» (Efesios 5:20).
No tenía la costumbre de
ver lo bueno en todo, ni
de alabarlo en medio de la
adversidad.

Pero después que leí lo
que escribió mi amiga en
su bitácora, me vinieron a
la memoria detalles de cada
día —un sándwich, una
ducha, un atardecer, las
palabras de aliento de un
amigo, una caminata— que
valía la pena agradecer
y celebrar. Es más, esas
cosas pueden suscitar en
mí una dicha fuera de serie
y hasta hacer que me sienta
en la gloria. Y eso es mara-
villoso.

Antes, para que me
sintiera eufórico tenía que
ocurrir algo grande, como
viajar por primera vez
en avión, o asistir a una
reunión multitudinaria
de amigos, o conocer a
mi futura esposa, o tener
un hijo, o encontrar un
tesoro enterrado en una
isla de los Mares del Sur.
Pero entretanto me perdía

muchas oportunidades de
extasiarme, cuando podría
y debería estar verdadera-
mente feliz y agradecido a
Dios incluso por algo tan
sencillo como desayunar o
recibir un correo electró-
nico de mi madre.

Me dirás que del dicho
al hecho hay largo trecho, y
tienes toda la razón. Pero lo
genial de leer lo que escri-
bió mi amiga es que en ese
momento me di cuenta de
que podía sentirme agrade-
cido por las mismas cosas
que ella. Al instante adopté
su misma actitud. Luego
de un primer esfuerzo, uno
reacciona así automática-
mente.

Quiero ser consecuente
conmigo mismo y recordar
todo esto mañana cuando
me vea en un embote-
llamiento de tránsito, o
cuando llueva a cántaros
y se inunden las calles, las
aceras y la entrada de mi
casa. Todos esos fastidios
no tendrán importancia.
Podré alegrarme y estar
contento también en esas
circunstancias. Procuraré
encontrar algo bueno en
todo lo que me ocurra y,
como dice una cancioncilla,
«alabar a Dios por un día
más de luz».

BRIAN WHYTE ES MISIONERO
DE LA FAMILIA INTERNACIONAL
EN NIGERIA. ♦

GRACIAS A DIOS POR LO BUENO

DAVID BRANDT BERG

Eres una creación única de Dios, así que no te preocupes por que tengas unos cuantos defectos. Imagínate lo creídos y orgullosos que seríamos si el Señor nos hubiera hecho perfectos. Por eso nos hizo a todos con unas pocas imperfecciones. Pero no quiere que nos fijemos en eso, sino en lo bueno.

Cada vez que te asalte un pensamiento negativo sobre tu persona, agrádecele al Señor algún bien o una buena cualidad que te haya concedido. Por ejemplo, la salud, una mente sana o alguna aptitud tuya que los demás admiran. Hay muchos motivos por los que dar gracias al Señor. Piensa en cuánto peor podrías estar y en las personas que se enfrentan a peores dificultades que las tuyas. También puedes orar por alguien que esté lidiando con una enfermedad crónica o debilitante. Job se libró de sus apuros cuando rogó por sus amigos (Job 42:10).

Adopta una actitud positiva, y el instigador de tu pesimismo —el Demonio mismo, o alguno de sus diablejos— no tardará en darse por vencido. Cuando tu enemigo espiritual vea que tus alabanzas y oraciones lo derrotan una y otra vez, se lo pensará mejor antes de tentarte a albergar pensamientos negativos. ¡Y eso sí que es digno de agradecer! ♦

MALES QUE TRAEN BIENES

MARÍA FONTAINE

Como «muchas son las aflicciones del justo» (Salmo 34:19), ciertamente es un consuelo saber que «a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados» (Romanos 8:28). Más aún, para salir victoriosos de las numerosas pruebas, dificultades, batallas y tentaciones a las que nos enfrentamos, es imperativo que esa promesa de Romanos 8:28 llegue a ser un elemento fundamental de nuestra vida.

Ese principio debería estar tan arraigado en lo profundo de nuestro ser que nos resulte imposible olvidarlo o desestimarlos. Debería estar tan presente en nuestra conciencia, e incluso en nuestro subconsciente y nuestro enfoque de la vida, como la necesidad de orar, la importancia de la Palabra, la inevitabilidad de las pruebas y batallas y la certeza de que Dios nos ama.





Si no pasamos todo lo que nos ocurre por el filtro de Romanos 8:28, si no vemos siempre nuestras decepciones, penas, pruebas, enfermedades y todo lo demás desde el prisma de Romanos 8:28, lamentablemente nos perderemos muchas enseñanzas valiosas que el Señor quiere transmitirnos y nos privaremos de la paz que nos invade cuando confiamos plenamente en esa preciosa promesa y principio.

Cuando aprendemos esta sencilla ecuación, que las adversidades equivalen a bienes, nuestra vida se enriquece, sacamos profundas enseñanzas y alcanzamos una mayor serenidad. Al mismo tiempo reconocemos más fácilmente la mano del Señor en los acontecimientos de nuestra vida. Es totalmente diferente enfocar una riada de problemas, batallas, pruebas y tribulaciones imaginando que va a suceder lo peor, y abordarla con la ilusión y expectativa de descubrir todo el bien que sabes que el Señor sacará de ello. ♦

¿USTED ¿QUÉ LE PASA?

KEITH PHILLIPS

«El contentamiento no se alcanza cuando se obtiene lo que se quiere, sino cuando se quiere lo que se tiene», dice David Ring, de profesión motivador, que da más de 200 conferencias al año para un total de unas 100.000 personas. Lo que otorga un enorme relieve a su afirmación y gran mérito a su ajetreado calendario es que padece de parálisis cerebral congénita. Está imposibilitado de caminar y a duras penas logra hablar. Sin embargo, lo hace con tal cuota de optimismo, buen humor —«Dios nunca dice: ¡Uy! ¡La embarré!»— y profundidad espiritual que la gente acude en tropel a escucharlo; y la experiencia resulta transformadora para muchos.

Hace poco un amigo me pasó una grabación de una charla de Ring. Y al igual que a miles de personas, el reto que él plantea me punzó la conciencia: «Yo tengo parálisis cerebral. A usted ¿qué le pasa?» Su mensaje es claro y sencillo: Niégate a caer en la desesperación o la autocompasión. No te quejes ni te amargues por las cosas malas que te suceden. Más bien valora la vida, confía en que Dios sabe lo que hace y déjalo proseguir Su obra.

«Si no les gusta como soy —señala Ring a su público—, tengan un poco de paciencia. Todavía estoy en el horno. Dios todavía está preparándome; pero cuando termine de cocinarme me sacará y dirá: “¡Quedaste bien, buen siervo y fiel!”», aludiendo a Mateo 25:21.

Otro principio espiritual que se pone de manifiesto en el caso de Ring es que si somos capaces de estar sinceramente agradecidos por los sucesos que nos parecen desfavorables, Dios nos dispensará más circunstancias favorables. No solo tiene éxito y mucho trabajo como conferencista —las 200 charlas que da son seleccionadas de entre 700 invitaciones—, sino que goza de un matrimonio feliz y tiene cuatro hermosos hijos, perfectamente saludables por cierto.

David Ring vive victoriosamente. Lo mismo podemos hacer nosotros. Como reza uno de mis refranes favoritos: «Si tienes lentejas, ¿de qué te quejas?» ♦



UNA BATALLA DE LO MÁS ORIGINAL

DE TODAS LAS BATALLAS que se han librado en defensa de un país asediado, la que relataremos a continuación es probablemente una de las más insólitas y originales. ¿Dónde se ha visto una campaña militar encabezada por un conjunto de cantantes y músicos? ¡Y vaya música la que entonaron! He aquí lo sucedido, tal como está consignado en la Biblia, en el capítulo 20 del segundo libro de Crónicas:

Llegaron a oídos de Josafat, rey de Judá, noticias urgentes acerca del rápido avance de un multitudinario ejército. Tres reinos —Amón, Moab y Seir— se habían aliado para atacarlo. Josafat, alarmado, resolvió pedir auxilio al Señor. Consciente de la inferioridad de sus fuerzas frente a los poderosos ejércitos del enemigo, proclamó un período de oración y ayuno. Al poco tiempo, gentes de todas partes del país empezaron a afluir a la capital respondiendo a la convocatoria.

En medio del pueblo que se hallaba congregado, Josafat suplicó:

—Oh Señor, Dios de nuestros padres, ¿no eres Tú Dios en los Cielos? Tienes dominio sobre reinos y naciones, y en Tu

mano tienes tal fuerza y potencia, que no hay quien te resista.

Al resonar entre la muchedumbre la plegaria del rey, los presentes se fortalecieron en espíritu.

—Sabemos que cuando nos sobreviene una calamidad —prosiguió el rey—, sea cual sea el peligro que se cierna sobre nosotros, si nos presentamos delante de Ti y clamamos a Ti en nuestras tribulaciones, ¡Tú nos oirás y nos salvarás! Porque en nosotros no hay fuerzas contra tan gran ejército que nos amenaza. No sabemos qué hacer. ¡A Ti volvemos nuestros ojos!

De repente, un joven sacerdote llamado Jahaziel clamó a gran voz a toda la asamblea:

—El Señor os dice así: «No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios».

Dios había oído sus clamores y había acudido en su auxilio. Jahaziel continuó dando el mensaje divino:

—No tendréis que pelear vosotros en esta ocasión; apostaos y quedaos quietos; veréis cómo la salvación del Señor vendrá sobre vosotros.

Al terminar el anuncio, el rey Josafat se inclinó rostro a tierra. Todos los congregados hicieron lo propio mientras los sacerdotes alzaban sus voces en alabanza a Dios.

Al día siguiente, cuando las tropas se preparaban para la batalla, el rey Josafat les dirigió unas palabras de aliento:

—Creed en el Señor vuestro Dios, y estaréis seguros; tened fe en Sus profetas, y alcanzaréis triunfos.

Después que el rey consultó con el pueblo, se determinó que un grupo de cantantes marcharía a la vanguardia delante de las tropas. ¡Menudo acto de fe! Con él demostraron que confiaban en que Dios pelearía por ellos.

Josafat les mandó que «alabaran al Señor por la hermosura de Su santidad», y que al momento de tomar posiciones y colocarse delante de las filas debían cantar: «Dad gracias al Señor, porque Su misericordia es para siempre». Así darían gracias a Dios anticipadamente por la victoria que Él les había prometido.

Apenas si habían empezado a entonar cánticos y alabanzas cuando Dios «puso emboscadas contra los hijos de Amón, de Moab y de los montes de Seir que venían contra Judá, y fueron derrotados».

Aunque la Biblia no describe claramente en qué consistieron esas *emboscadas*, sí explica que surgieron discordias entre los hombres de esos tres reinos invasores y que se desató una violenta refriega entre ellos. Primero «los hombres de Amón y Moab se levantaron contra los del monte de Seir para matarlos, y cuando hubieron acabado, los dos ejércitos se destruyeron el uno al otro».

Al llegar los ejércitos de Judá a un promontorio que dominaba el campo de batalla,

«no vieron más que cadáveres por tierra; ninguno había escapado».

Josafat y sus hombres se pasaron tres días recogiendo el botín. Al cuarto día se juntaron en el valle de Beraca, que significa *alabanza*, y allí bendijeron a Dios. Luego regresaron a su tierra, pues el Señor había triunfado sobre sus enemigos.

El pavor de Dios cayó sobre todos los reinos colindantes cuando se enteraron de la extraordinaria intervención divina en favor de Judá. Entonces «el reino de Josafat tuvo paz, porque su Dios le dio paz por todas partes».

¡Qué testimonio tan espectacular del poder de la fe, la oración y la alabanza! Y ese mismo poder está a nuestra disposición en la actualidad. Cuando nos veamos frente a batallas y pruebas que parecen superar nuestras posibilidades, clamemos al Señor de todo corazón y demos crédito a las promesas de Su Palabra. Así podremos lanzarnos al ataque contra toda fuerza que nos amenace, alabando al Señor y agradeciéndole la victoria por fe, y Él a Su vez intercederá por nosotros.

La alabanza es la voz de la fe. Si de veras crees que el Señor ha oído tus oraciones, te pondrás a alabarle por la respuesta aun sin haberla visto. Cuando te sientas inclinado a desanimarte y deprimirte, acuérdate del poder que encierra la alabanza y pon la mirada en Dios. ♦

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Pensar positivamente

PIDE AL SEÑOR QUE TE LAVE EL CORAZÓN Y TE RENUENE EL ENTENDIMIENTO, DE MANERA QUE NO ALBERGUES SINO PENSAMIENTOS BUENOS Y POSITIVOS, INSPIRADOS POR ÉL.

Salmo 51:10

Romanos 12:2

Efesios 4:22-24

CENTRA TUS PENSAMIENTOS EN LO POSITIVO.

Salmo 94:19

Filipenses 4:8

QUE LA PALABRA DE DIOS ABUNDE EN TU MENTE Y TU CORAZÓN.

Josué 1:8

Salmo 1:2

Salmo 37:31

MEDITA EN JESÚS.

Mateo 22:37

Salmo 104:34

Isaías 26:3

Hebreos 12:2,3

PIENSA EN LAS MUCHAS MARAVILLAS QUE HA HECHO EL SEÑOR POR TI.

Salmo 40:5

Salmo 103:2

Efesios 5:20

ADOPTA UNA ACTITUD OPTIMISTA ANTE LAS DIFICULTADES DE LA VIDA, PERCIBIENDO LA MANO DEL SEÑOR EN TODO LO QUE PONGA EN TU CAMINO.

Habacuc 3:17,18

1 Tesalonicenses 5:18

1 Pedro 4:12,13

Romanos 8:28

Santiago 1:2,3



APUNTES SOBRE EL TIEMPO DEL FIN

SELLOS Y SEÑALES

SCOTT MACGREGOR

HE LEÍDO MATEO 24 y Apocalipsis 6 muchísimas veces, pero no fue sino hace poco cuando caí en la cuenta de que los acontecimientos predichos en esos dos capítulos del Nuevo Testamento corren paralelos.

[Los discípulos de Jesús le preguntaron:]

—¿Qué señal habrá de Tu venida [regreso] y del fin del mundo?

Respondiendo Jesús, les dijo:

—Mirad que nadie os engañe, porque vendrán muchos en Mi nombre, diciendo: «Yo soy el Cristo», y a muchos engañarán. Oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca, pero aún no es el fin. Se levantará nación contra nación

y reino contra reino; y habrá pestes, hambres y terremotos en diferentes lugares. Pero todo esto es solo principio de dolores. Entonces os entregarán a tribulación, os matarán y seréis odiados por todos por causa de Mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se odiarán. Muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Pero el que persevere hasta el fin, este será salvo. Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin (Mateo 24:3-14).

En los capítulos 4 y 5 del Apocalipsis el apóstol Juan relata que fue trasladado en el espíritu al salón del trono de Dios, donde Jesús —personificado por el Cordero de Dios— recibe un rollo de pergamino cerrado con siete sellos. El capítulo 6 narra la apertura de esos sellos.

Entonces vi que el Cordero abrió uno de los sellos. [...] Miré, y vi un caballo blanco. El que lo montaba tenía un arco y le fue dada una corona, y salió venciendo y para vencer (Apocalipsis 6:1,2).

A nuestro juicio, el jinete de ese caballo es nada menos que Jesús. Después de Su resurrección, Jesús se apareció a Sus discípulos y les encargó lo que se conoce como la Gran Misión: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15). Desde entonces, ellos y muchos millones de cristianos más han difundido el Evangelio por todas las naciones. Además, por intermedio de ellos otros cientos de millones —por no decir miles de millones— han conocido a Dios. Así pues, a través de Sus seguidores Jesús cumplió y continúa cumpliendo esa parte de la visión profética. «Será predicado

este evangelio del reino en todo el mundo» (Mateo 24:14).

Luego se abre el segundo sello:

Salió otro caballo, de color rojizo. Al que lo montaba le fue dado poder para quitar la paz de la tierra y hacer que se mataran unos a otros. Y se le dio una espada muy grande (Apocalipsis 6:4).

Evidentemente el caballo rojizo es el de la guerra. La gran espada de su jinete representa las armas, y el color del caballo es simbólico de la sangre derramada por los belicistas que lo han montado a lo largo de los siglos. En Mateo 24 Jesús aclara a Sus seguidores que esas guerras humanas —a pesar de lo horrorosas y destructivas que son— no señalan el fin del mundo tal como lo conocemos.

Se abre el tercer sello:

Miré, y vi un caballo negro. El que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una voz [...], que decía: «Dos libras de trigo por un denario y seis libras de cebada por un denario, pero no dañes el aceite ni el vino» (Apocalipsis 6:5,6).

Tradicionalmente la balanza se relaciona con la justicia y con el comercio. En este caso representa lo segundo. El denario era una moneda de plata del antiguo Imperio romano y comúnmente constituía la paga de una jornada de trabajo. Sin embargo, documentos históricos indican que un denario debiera haber alcanzado para comprar entre 15 y 20 veces más trigo del que dice el versículo. La cebada era un cereal de menor calidad y por ende mucho más barato. El hecho de que esos dos artículos fueran tan costosos es un indicador de escasez; tal vez esté relacionado con el hambre a la que alude Mateo 24. El aceite de oliva y el vino eran artículos muy comunes en tiempos de Juan. Sin embargo, no queda claro por qué la voz dijo que no los «dañara».

Se abre el cuarto sello:

Miré, y vi un caballo amarillo. El que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades lo seguía: y les fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad y con las fieras de la tierra (Apocalipsis 6:8).

Aquí vemos a la muerte en algunas de sus múltiples manifestaciones, entre las cuales figuran nuevamente la guerra y el hambre. En la segunda parte de este versículo, algunas versiones dicen *peste* o *enfermedades* en vez de *mortandad*. Las almas de los muertos pasan a la dimensión invisible del espíritu, que los antiguos griegos y romanos denominaban *Hades*. «Habrán pestes y hambres en diferentes lugares» (Mateo 24:7).

Luego se abre el quinto sello:

Vi debajo del altar las almas de los que habían muerto por causa de la palabra de Dios y del testimonio que tenían. Clamaban a gran voz, diciendo: «¿Hasta cuándo Señor, santo y verdadero, vas a tardar en juzgar y vengar nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra?» Entonces se les dio vestiduras blancas y se les dijo que descansaran todavía un poco de tiempo, hasta que se completara

el número de sus consiervos y sus hermanos que también habían de ser muertos como ellos (Apocalipsis 6:9-11).

Esto sin duda coincide con la afirmación de Jesús: «Os entregarán a tribulación, os matarán y seréis odiados por todos por causa de Mi nombre» (Mateo 24:9). Desde el principio los cristianos han sufrido persecución y martirio, tal como le aconteció a Jesús y como predijo Él que les acontecería a Sus seguidores: «El siervo no es mayor que su señor. Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán» (Juan 15:20).

Miré cuando abrió el sexto sello, y hubo un gran terremoto (Apocalipsis 6:12).

Al igual que guerras, hambre y epidemias, ha habido terremotos tanto antes como después del sermón de Jesús sobre el Tiempo del Fin (Mateo 24) y la visión que le transmitió a Juan en el libro del Apocalipsis. Sin embargo, el hecho de que uno de los siete sellos esté dedicado a este terremoto parece indicar que se trata de uno muy particular, tal vez el mayor movimiento telúrico de la Historia, el cual se menciona en Apocalipsis 11 y 16. Según la profecía, ese terremoto destruirá una décima parte de Jerusalén y muchos otros sitios. Tendrá lugar cuando la ira de Dios se vierta sobre el Anticristo y sus fuerzas, justo antes del Armagedón.

Cuando Jesús describió estas hecatombes en Mateo 24, explicó que apenas marcaban el «principio de dolores». Una traducción más precisa del vocablo griego vertido aquí como *dolores* sería «contracción o espasmo, en particular los del parto». Éstos continúan intensificándose hasta el momento de dar a luz, por lo que cabe esperar que las cosas empeoren antes de mejorar. En todo caso, al final mejorarán.



Acontecerá que al final de los tiempos será confirmado el monte de la casa del Señor como cabeza de los montes. [...] Él juzgará entre las naciones y reprenderá a muchos pueblos. Convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación ni se adiestrarán más para la guerra (Isaías 2:2,4).

Quebrantó el Señor el bastón de los impíos. [...] Toda la tierra está en reposo y en paz (Isaías 14:5,7).

Una vez que termine esta era —para lo cual ya no falta mucho—, Jesús regresará para poner las cosas en orden e instaurar una nueva era, el período conocido como el Milenio, durante el cual reinarán el amor y la paz. ♦

Si aún no conoces al Príncipe de Paz —Jesús—, haz ahora mismo la siguiente oración:

Jesús, quiero conocerte personalmente. Te invito a entrar en mi corazón. Gracias por morir por mí para que pudiera obtener el perdón de mis pecados, hallar paz interior al instante y recibir de Dios el don de la vida eterna. Amén.

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

CÓMO LOGRAR QUE DIOS OIGA TUS ORACIONES

Creo en la oración, y he sabido de muchas personas cuyas oraciones han sido respondidas; pero las mías parecen ser inútiles. Capaz que estoy haciendo algo mal, pero no sé qué será. ¿Cómo puedo obtener mejores resultados?

CUANDO ORAS POR ALGUIEN o por algo, el primer requisito es tener fe. «Todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24). «Sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe, y que recompensa a los que lo buscan» (Hebreos 11:6). También hay que observar los siguientes principios elementales:

Aunque parezca obvio, es preciso *pedir*. Es sorprendente cuántas personas se quedan en el mero deseo o en la simple preocupación. No obtienen lo que desean porque no lo piden (Santiago 4:2).

A veces pedimos y no recibimos porque no lo hacemos por buenos motivos (Santiago 4:3). Debemos asegurarnos de que nuestros móviles sean puros, confiar en que Dios sabe lo que más nos conviene y aceptar de buen grado Su respuesta, aunque no conteste nuestra plegaria tal y como queríamos o esperábamos.

Dios es omnipotente y sin duda quiere darnos lo mejor de lo mejor. Si entiendes y crees esto, te sobrarán motivos para darle las gracias y alabarle aun antes que te responda. Además, esas alabanzas reforzarán tus oraciones y las llevarán a un plano mucho más elevado.

Sin embargo, no se trata solamente de incluir expresiones de alabanza en tu oración; lo importante es más bien la actitud con que reces. Cuando alabas al Señor de todo corazón, demuestras que has depositado tu confianza en Él. Las oraciones que hacemos con plena fe en el poder de Dios y

en las que agradecemos todo lo que ya ha hecho y aún ha de hacer por nosotros son vivas manifestaciones de alabanza. Más que rezos frenéticos, son firmes declaraciones de fe. ¿Entiendes la diferencia?

Otra clave es hacer de la oración un hábito. Cuanto más ores —aunque sea por cosas triviales de todos los días—, con mayor naturalidad te brotarán las oraciones y más capacidad tendrás de reconocer las respuestas de Dios. La oración y la alabanza van de la mano. Emplearlas juntas es un medio estupendo de incluir a Dios en tu vida cotidiana y tus pensamientos. Cuando las cosas te salgan bien, alábalo; cuando te enfrentes a una dificultad o las cosas marchen mal, agradécele que no siempre sea así. Manifiesta confianza en que de algún modo Él resolverá la situación felizmente, y ruega por la solución. A Él le agrada que tengas una actitud de alabanza y de fe. Como consecuencia, se complace en responder a tus oraciones. «Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). ♦

EFFECTO MULTIPLICADO

DE JESÚS, CON CARIÑO

Ante una situación adversa, muchas personas se quejan y hacen hincapié en lo negativo. Otras, por el contrario, han descubierto el buen efecto de pensar positivamente y lo aprovechan; pero no comprenden que la eficacia de los pensamientos positivos está ligada al principio espiritual de la alabanza, que alabándome por Mi bondad pueden acceder a Mis bendiciones. El buen efecto de pensar positivamente se multiplica cuando me alabas. Sin embargo, como muchos ignoran que es necesario incluirme a Mí en sus pensamientos positivos, sólo obtienen beneficios superficiales.

El cuerpo humano fue concebido de forma que reacciona magníficamente ante los pensamientos positivos. Y la alabanza es el pensamiento positivo por excelencia. Al alabarme en circunstancias en apariencia sombrías, das lugar a una reacción química que te hace sentirte mejor físicamente y redobla tus fuerzas para seguir luchando. Y eso no es más que el comienzo. Paralelamente, en el plano espiritual, me complaces cuando, a pesar de hallarte en una situación adversa, me agradeces las bendiciones que te he dado. Demuestras fe en que Yo lo resolveré todo y seguiré velando por ti. Todo ello redundará en un aumento de los favores que te concedo.